

BUENOS AIRES, 16 DE FEBRERO DE 1935

AÑO
XXXVIII

CARAS Y CARETAS

NUM.
1898

JOSE S. ALVAREZ, Fundador



CURVA PELIGROSA

VALDIVIA = 75

Una conversación con

▼▼ Por J O S E M A R I A

DE pronto veo penetrar en mi gabinete de trabajo a don José Antonio Primo de Rivera, hijo del célebre dictador y jefe actual de las fuerzas fascistas españolas. Es una hora de la mañana en que los madrileños no tienen costumbre de hacer visitas, sobre todo en estos crudos días del invierno. Por fortuna tengo encendida una estufa eléctrica bastante buena y puedo proporcionarle a mi huésped una temperatura confortable. Después me entero de que Primo de Rivera no usa ni sombrero ni sobretodo. Por lo visto es de esos envidiables seres que andan por en medio de las inclemencias de la vida embozados en su hermosa juventud.

— ¿Cómo es que se ha tomado usted la molestia de venir a mi casa? — le digo. — Hubiera sido más propio que yo fuese a la suya.

— Es que en estos momentos mi casa se halla un poco en desorden...

— ¿O acaso será porque temiera usted?...

— ¡No, no! ¡Yo no temo nada! — me interrumpe sonriendo.

Y esa sonrisa ha sido suficiente para que lo esencial del temperamento de mi visitante se me revele de un modo instantáneo e inteligible. La juventud asociada a la simpatía, a la inteligencia, a la nobleza y al valor: he ahí los signos evidentes de ese muchacho bien portado, bello de rostro y de figura, que lleva sobre su persona la grave responsabilidad de un nombre apasionadamente discutido y el no menos grave compromiso de continuar la obra nacional que su padre dejó interrumpida.

Este "yo no temo nada", que Primo de Rivera pronuncia con toda naturalidad, le va muy bien a un joven que es hijo de guerrero y aristócrata y ha tomado la vida en un sentido combatiente y heroico. Pero en sus palabras no se disimula el menor acento de fanfarronería muchachil. Estoy por asegurar que Primo de Rivera es la negación de la jactancia y el empaque.

— Antes nos perseguían a tiros de pistola — agrega; — hoy nos persiguen de un modo aparentemente más legal, aunque más coercitivo. Por ejemplo, no nos dejan pu-

blicar un periódico, y necesitamos emplear el sistema medio clandestino del pasquín y las hojas volantes. Pero, naturalmente, nosotros proseguimos nuestra campaña cada vez con mayor entusiasmo.

— ¿Y también con mayor eficacia?... ¿Ganan ustedes muchos prosélitos? ¿Entre cuáles esferas sociales recluta el fascismo español el mayor número de partidarios?

— Entre los estudiantes, principalmente. Y entre la clase media ilustrada. Ya sabe usted que hace tres o cuatro años ese elemento social estaba absorbido casi completamente por las doctrinas del izquierdismo revolucionario; la atmósfera de las universidades se veía impregnada de socialismo, comunismo e internacionalismo radical, y su influencia alcanzaba al médico, al abogado, al empleado. Entonces se consideraba que un joven inteligente y brioso no podía ser otra cosa que un adepto de Marx, de Lenin o de Barbusse. Aquello pasó, y hoy puedo asegurarle que entre esa juventud nosotros contamos con más fuerza que nadie.

— ¿Y en los otros sectores nacionales? En el mundo agrario, por ejemplo, y en las grandes poblaciones...

— En todas partes hacemos progresos, sin que quiera decirle con esto que nos sintamos engreídos de nuestros resultados. No; nuestra labor es difícil y tenemos que avanzar paso a paso y a través de duras dificultades. Pero el vencer los obstáculos para un partido formado principalmente de jóvenes, en vez de una incomodidad resulta una alegría. Hay que tener en cuenta que somos, como dicen, un partido de derecha, pero no participamos de la principal ventaja que suele atribuírsele a las organizaciones derechistas: el dinero. Somos un partido financieramente pobre. Al principio, las gentes conservadoras nos apoyaron porque veían en el fascismo una fuerza que actuaba como ariete contra la situación republicano-socialista de tipo avanzado; pero después, al ocupar el poder la nueva conjunción derechista de la Ceda, se conoce que ya no necesitan de nosotros, y hasta nos consideran un peligro. En cambio, para los izquierdistas seguimos siendo reaccionarios...

Primo de Rivera

S A L A V E R R I A



La risa con que acompaña estas últimas palabras está exenta de toda ironía o amargura. Primo de Rivera se ve que es incapaz de retener en su alma cualquier especie de poso enfermizo, sin duda porque su misma juventud le hace inmune, o acaso porque la conformación de su personalidad está hecha para el optimismo. Así también era su padre; aquel hombre que se lanzó a la más grande aventura sin otra ayuda que su fe y su intuición sorprendente, y que el día en que conoció la derrota de su propia credulidad, el día en que perdió la fe en los hombres y en las ideas, pidió refugio a la muerte.

— Ahora una pregunta — le digo. — Una información que para mí tiene gran importancia. ¿De qué lado se inclina la simpatía del fascismo español? Mejor dicho, ¿cuál de los dos fascismos adoptan ustedes como modelo, el italiano o el alemán?

— Si le declaro a usted que ninguno de los dos — me responde Primo de Rivera, — indudablemente habré exagerado, porque el fascismo español, como es lógico, se nutre de los métodos que están experimentando en sus países respectivos los reformadores de Alemania y de Italia. Pero nuestra adhesión no es absoluta. Nosotros pretendemos crear una forma fascista de fondo y rasgos específicamente españoles. Estamos previamente convencidos de que España, aunque no sea ni mejor ni peor que las demás naciones, desde luego es distinta. Tiene características muy acusadas que es preciso respetar, si no se quiere ir al fracaso, porque sería necio el luchar contra la naturaleza. Por otra parte, la tradición española es demasiado fuerte y rica y nosotros no vamos a cometer el desatino de desaprovechar esas existencias y lecciones de la tradición. Nuestro país ha vivido anteriormente muchas experiencias sociales, políticas y económicas que hoy en el mundo empiezan a reivindicarse. Tenemos en nuestra historia ejemplos de legislación agraria y ganadera que puede hoy mismo aplicarse con feliz eficacia, así como la organización por gremios y oficios, y los fueros municipales, y los montes y bienes comunales, y la "mesta", y tantas otras costumbres que

nacieron y prosperaron a impulso de la necesidad propia y característica de la raza. En fin, pretendemos ser "muy antiguos y muy modernos"... Creo que es una aspiración muy legítima y fácil de comprender.

— Completamente comprensible y bien intencionada. Lo importante ahora es que logren ustedes llevar esa comprensión a la masa del país. Me atreveré a decirle que han llegado ustedes al estadio político cuando todos los partidos estaban tomados, lo mismo a la izquierda, que a la derecha y en el centro. Tendrían ustedes que forcejear mucho para abrirse paso y apoderarse del sitio de primera fila. Además, tienen ustedes que enarbolar la bandera nacionalista y exaltadamente patriótica en un país que no intervino en la Guerra Europea y que, por tanto, no mantiene vivo el sentimiento heroico de la vida. Pero el fascismo español se nutre de jóvenes, y la juventud posee recursos con los cuales muchas veces se realizan los milagros.

Antes de despedirnos he intentado llevar la conversación hacia el recuerdo del marqués de Estella. Pero no he tenido suerte en mi tentativa, porque mi joven visitante se ha mantenido en una discreta reserva. El padre es para él sin duda la figura sagrada a la que se tributa un culto profundo y silencioso. No quiere mancillar el recuerdo con palabras que siempre serían imprudentes o irreverentes. Sólo insinúa alguna frase evasiva:

— Mi padre llegó acaso demasiado pronto, cuando España no estaba aún preparada para ciertas experiencias o pruebas...

Un matiz de melancolía en el rostro, que se borra inmediatamente, y en seguida la sonrisa amable y muchachil vuelve a animar el semblante como una promesa de pertinaces y generosas actividades; como un voto que hace el alma filial de realizar en el porvenir la obra patriótica que el padre dejó interrumpida en el pasado.

José Ma. Salaverría

Madrid, enero de 1935.